

LOS DOMINGOS DE LA GACETA UNIVERSAL.

4 DE AGOSTO DE 1878.—NÚM. 5.

Ecos de la semana.

El público de verano.—Al extranjero.—La salud.—Viaje forzoso.—El derecho del pataleo.—Los conspiradores.—El mejor sistema.—La lógica de un empresario. Jardines y circos, teatros y bailes al aire libre, todos los espectáculos y todos los puntos de reunión, más ó menos distinguidos, atraen numerosa concurrencia, ávida de divertirse aun á trueque de abrasarse. Price, Arderius, el Jardín del Buen Retiro, la Alhambra, la Chilena, todos consiguen el favor del público. Pero, ¿no habéis observado el especial carácter de ese público de verano, que, como los malos actores, sólo se exhibe desde Junio hasta Setiembre? Yo he visto en verano caras y trajes que no he vuelto á contemplar hasta el año siguiente en la misma época; esas hermosuras con vestidos de chacota y lazos de todos colores; esas mamás de cuarto tercero, cuyo semblante humillado al que lo ve, son exclusivamente fruto del estío, la estación que los agosta todos. La creme de la sociedad madrileña se ausentó ya de Madrid, probablemente de España: ¿á quién no atrae Suiza con sus montes de nieve, sus cristalinis lagos, sus vaqueras y sus quesos; Bélgica, con sus llanuras, sus ríos, sus fábricas de lienzos y sus falsificaciones de libros; Italia, con su purísimo cielo, sus brisas perfumadas, sus monumentos artísticos, sus recuerdos gloriosos; y Francia, en fin, y en Francia París, metrópoli de la ilustración, corte del placer, olimpo de la belleza? No hay remedio: es preciso recorrer esas naciones, siquiera algún incauto, sin atravesar el paso de Calais, recaiga al cabo en Inglaterra. Que se dan casos. Los baños son también motivo de determinados viajes: ¡oh, la salud no debe olvidarse la salud! El abogado que ha defendido á la viuda y al huérfano, sacrificándose en aras del interés... de la justicia; el empleado que ha firmado la nómina con religiosidad que acredita su celo; el diputado que ha consagrado sus afanes á procurar el mayor provecho para el país; el ministro que á cambio de un sí en la Cámara ha reparado credenciales en su despacho; todos necesitan atender al restablecimiento de su salud quebrantada, y más que todos, el autor de periódicos, pária del trabajo, ave de pluma, desplumado casi siempre, de quien dice un amigo mio: Que ya cronista, ya crítico, ¿quién su organismo se desquicia, ¿quién su víctima de la noticia, ¿quién su mártir del suelo político. El periodista, sin embargo, suele prescindir de viajes de verano. En verano ha viajado también la célebre capitalista á quien todos conocen; pero su expedición no es de recreo. Ya está en Madrid. La Correspondencia ha dado todos los detalles relativos á su persona y á su traje, con esa minuciosidad que caracteriza á sus redactores cuando se trata de la ejecución de un rey ó de la celebración de un Consejo de ministros. Doña Baldomera, que partió dejando en blanco las esperanzas de sus impotentes, ha vuelto á la corte vestida de negro. Acaso lleva luto por sus acreedores. De todas suertes, es indudable que éstos siguen de pésimo. No deben hacerse ilusiones. Ya hay quien pregunta cuáles serán los créditos de preferente pago para el caso de que se abriese concurso. Ann suponiendo que pudiera pagar todas sus deudas, que es mucho suponer, ¿había de darse la prelación á los imponentes más antiguos? Pues esos son los que menos títulos tienen para quejarse; de seguro recuperaron el capital; quizá lo multiplicaron. ¿A los más modernos? Pues esos fueron á correr el riesgo convencidos de que habían de correrlo. El asunto es tan complejo, que es difícil averiguar si en el medio algún derecho. Como no sea, por una y otra parte, el derecho del pataleo. Aquellos tremebundos bandidos; aquellos temibles conspiradores; aquellos fanáticos enemigos del orden que desde una bohordilla de la calle de la Fresa pusieron en conmoción á la villa y corte, no son, segun el dictámen del representante de la ley, sino simples

autores de un delito de atentado sin especial trascendencia. Pero el funcionario que así lo ha sustentado ha sido declarado cesante. Debemos seguir creyendo que el hecho de la calle de la Fresa fué una vasta conspiración? Pues ¿á qué dar que hacer á la opinión pública sobre el carácter del delito? Que diga el Gobierno en la Gaceta lo que opine que debemos opinar y es lo más sencillo. No es verdad? Era imposible respirar: el aire, como decía Zorrilla, se hizo palpable. Vagaba en la atmósfera la conmoción cerebral amagando á los vecinos de Madrid. El jardín del Buen Retiro abrió sus puertas. Pero ni aun allí se lograba respirar. Dos días después la temperatura refrescó; refresco de tal suerte, que hubiera sido imposible pasar la noche en el Retiro. Los que habían estado á punto de asfixiarse, ensancharon el pulmon, exclamando con regocijo: —Al fin ha mejorado el tiempo. El apreciable empresario del Jardín suscribió, sin embargo, un aviso al público, anunciando que se suspendía el concierto á causa del mal tiempo. La lógica de los empresarios no es siempre la lógica de los demás mortales. Domingo. La rabia. Dicen que al que madruga Dios le ayuda, á pesar de lo cual soy poco aficionado á dejar el lecho en las primeras horas del día, precisamente cuando más en reposo está la materia, y más libre el espíritu, puede vagar á sus anchas por las regiones de la fantasía. Comprendo la satisfacción de madrugar en el campo; pero en Madrid, donde para hallar algo que se le parezca tiene el pobre individuo que emprender serias caminatas, y á poco que se distraiga en la contemplación del espectáculo, se expone á que el sol le derrita los sesos ó le abraze las carnes antes de volver á su casa, me parece preferible gozar las delicias de Morfeo hasta que mis obligaciones me llaman á la vida activa. Quizá confío demasiado en la misericordia de Dios, pero como es infinita, no creo que me niegue su ayuda por descuidar este medio de buscarla. Y lo peor del caso es que, aunque tuviera afición á madrugar, moderaría mis impulsos por no ver el aspecto que presentan las calles en las primeras horas de la mañana el día que los delegados de la autoridad dan la morcilla, como gráficamente dice el pueblo. Entre montones de basura, centenares de perros hinchados como botargas ó exhalando el último aliento en medio de horribles convulsiones. El valiente mastín, el fiero dogo, el inteligente perro de aguas, el pachón de fino olfato, el mimado falderillo, el vivo ratonero, el gallardo Terranova, el veloz galgo, todos yacen sin vida; ninguno ha sido perdonado por esa nueva parca que se llama estrignina municipal. El crimen que los ha condenado ha sido su afición al hombre; la causa que los ha perdido, el amor ó la curiosidad. El perro ha entregado su libertad, sus aficiones, todo, en manos del hombre, que en pago de los beneficios que le produce guardándole su hacienda y sus ganados, llevándole la caza, avisándole los peligros, distrayéndole con sus habilidades ó salvándole la vida en más de una ocasión, le descuida, le abandona, le niega el alimento muchas veces y acaba por darle una muerte despiadada. Y esto último, ¿por qué? Porque puede rabiar. Verdaderamente, la razón no es para despreciada y nunca serán excesivas las precauciones que se tomen para impedir la propagación de la rabia; pero debiera hacerse algo más en favor de una raza de que tantos beneficios reporta la humanidad. El sistema que se sigue es el menos eficaz para prevenir los peligros, porque es indudable que, si bien el mal se trasmite las más veces por inoculación, otras muchas se presenta espontáneamente, y en todas viene á tener este origen. Cuidando los perros, impidiendo esos cruzamientos de razas, que en vez de mejorarlas, las hacen degenerar, manteniéndoles en buenas condiciones de vida, serian más fuertes, podrían resistir mejor la invasión de toda clase de enfermedades; y esto no se consigue con dar la estrignina del modo que se hace, porque lo que así sucede es que las víctimas son siempre los infelices canes, que arrastrados por la pasión amorosa ó por la indiscreta curiosidad, abandonan incautamente el domicilio donde ven satisfechas sus necesidades; es decir, aquellos que por estar cuidados, tienen menos probabilidades de rabiar, mientras que los perros vagabundos, los que tienen que sufrir las privaciones y miserias de la vida errante, suelen burlar las previsiones de la autoridad. Todo el mundo tiene noticia de esas bandadas de perros que penetran en las poblaciones á media noche para buscar su alimento en los montones de basura y volverse al campo apenas comienza á amanecer. Bien sabida es la ligereza con que emprenden la fuga en cuanto ven á un guardia municipal, antes que tenga tiempo de ofrecerles la envenenada golosina. Una de las cosas que más importa á todos conocer son los caracteres de la rabia, para que no sean víctimas de la preocupación inocentes seres que ningún daño han hecho. La historia del perro rabioso es por demas interesante para que no merezca ser bien conocida. Al principio de la enfermedad el perro se pone triste, abatido, come con desorden, se esconde en los últimos rincones de la casa, se echa y se vuelve á levantar, no puede permanecer mucho tiempo en ninguna posición; escarba la tierra con las patas como si buscase algo, se queja, á veces tira mordiscos al aire, como si fuera víctima de alguna pesadilla; parece tener conciencia de que le sucede una gran desgracia y busca la compañía de las personas á quienes tiene afecto; pero está inquieto y no puede parar en ninguna parte. Entonces no muere, no ataca; por el contrario, prodiga sus caricias y solicita las de su amo; parece buscar un consuelo á su desdicha; pero ya es peligroso, porque su saliva está emponzoñada. Poco á poco van cambiando las cosas: su mirada se va haciendo sombría y algo feroz; su voz sufre un cambio completo, pierde la gallardía de sus formas y va teniendo ganas de morder; pero sólo muere los objetos, las maderas, las cuerdas, los trapos, la tierra; la presencia del hombre parece calmarle un momento, pero si ve otros perros, se abalanza á ellos con furia. Al llegar á este punto, la mayor parte de los perros rabiosos abandonan su casa, como si, previendo su triste fin y los estragos que van á causar, quisieran librar de ellos á los seres que les han sido queridos. Desde este momento el perro es la expresión más acabada que se puede imaginar de las furias del Averno. Sus ojos parecen brotar sangre; su mirada es terrible; lleva la cola caída y recta como la del lobo; la boca abierta desmesuradamente; la lengua fuera y llena de baba, que pronto se convierte en barro sucio; no anda, corre á más bien salta; se arroja sobre los bultos que encuentra á su paso sin mirar qué sean, y su único afán es destruirlo todo con los dientes; su mayor furia se dirige contra los perros, los gatos y animales domésticos; ya no respeta al hombre, ni aun á sí mismo y se suele causar heridas terribles. Padece un verdadero frenesí. Su garganta se anuda, y no puede tragar; la sed y la fiebre le abrasan, y no puede beber. El pretendido horror al agua ó hidrofobia es una preocupación. Lo que sucede es que el estado de su garganta no le permite pasar una gota de líquido; pero cuando encuentra agua, moja en ella la lengua y aun introduce todo el hocico, y desesperado al ver que no puede apagar el incendio que le devora, muere la vasija y cuanto tiene á su alcance. Así, entre angustias y accesos de furor, recorre la comarca durante tres ó cuatro días, sembrando el terror por donde pasa, hasta que, rendido, agotadas sus fuerzas por el sufrimiento y las violentas sacudidas de la enfermedad, emprende la marcha derrengado, con paso vacilante y la cabeza caída, yendo muchas veces á acabar la existencia en su misma casa, víctima de la parálisis y de la asfixia. Una de las cosas que con más seguridad hacen conocer que un perro está atacado por la rabia, aun en sus primeros días, es que los demás perros se apartan de él en cuanto le ven, y si les ataca, por muy fuertes que sean, lejos

de hacerle frente, huyen precipitadamente. Si los sufrimientos de la rabia son grandes en el perro, cuando se trata de las personas son más horribros todavía, y renunció á describirlos por no desagradar á mis lectores, hoy sobre todo, que, como domingo, es día destinado á la expansión y al regocijo. La manera eficaz de hacer casi imposible la propagación del mal sería evitar que hubiese perros sin dueño, y conseguir de éstos que no los desatendieran, pero por medios más en armonía con el espíritu de la época que los empleados en la actualidad. Entre tanto recordaré á mis lectores, para terminar este ya pesado artículo, que todo animal mordido por un perro sospechoso debe sacrificarse inmediatamente, y que respecto á las personas, el único medio realmente eficaz de evitar la enfermedad consiste en cauterizar todas las heridas causadas por los dientes con un hierro hecho áscua, sin reparar en los dolores, que no son tan grandes como se cree, sobre todo si el hierro está al rojo blanco, y son insignificantes comparados con los horribles sufrimientos de la rabia. Mientras se prepara el hierro, es bueno comprimir por encima de las heridas y chuparlas fuertemente, siempre que no haya escoriaciones en la boca, y cuidando, por supuesto, de escupir inmediatamente la saliva. BRUNO AMELAY. Los vagos. Mientras el labrador abre trabajosamente las primeras capas de la generosa tierra para depositar en ella la semilla; mientras el escritor concibe, y el escribiente copia, y el médico asiste á los dolientes, y el abogado hace equilibrios sobre la justicia; en tanto que el incansable trabajo de media humanidad transforma y crea los objetos necesarios y superfluos para la otra media, hay mortales que, respirando en una atmósfera cargada con el humo de las fábricas y viviendo sobre un suelo conmovido por los poderosos golpes del martillo del trabajo, se pasean de uno á otro lado mirando aviesos ó indiferentes la actividad de los demás. Esos zánganos de la colmena humana se llaman generalmente vagos. En medio del agitado movimiento del día, en el cual los hombres, unidos por los más estrechos lazos; se aprietan la mano por cortesía, cuando de todo se duda y á todo acto generoso se le busca un móvil, quizás repugnante; cuando el dios Exito es la norma de conducta de casi todos y flota al viento la acomodaticia bandera de los hechos consumados, el vago vive desahogadoamente, mirando con desden á los que pasan á su lado y aprovechándose del movimiento y del ruido para que no se note su presencia. Vivir el vago ya se sabe lo que significa; la existencia del que no trabaja ha de basarse en la limosna ó en el crimen, en la caridad de los hombres ó en sus frecuentes descuidos. El hijo de la pobre viuda, el huérfano del albanil que se cayó de un andamio, el holgazán por derecho propio, á quien, segun frase vulgar, no le entra el oficio, todos toman el sol en la Puerta de su nombre ó en el cerrillo de San Blas ó en las Vistillas; todos concurren á la parada, á las serenatas, á los vestíbulo de los teatros, á cualquier parte, en fin, donde la agrupación de mucha gente abra ancho campo á la resolución de sus problemas económicos. El porta-monedas y el pañuelo que se pierde, el reloj que abandona el hospitalario bolsillo del chaleco de su amo, todo lo realizable y susceptible de empeño, es una de las principales partidas de ingreso en el reformable presupuesto del vago. Los conflictos á que da lugar la mucha aflicción de braceros en un pueblo determinado que no tiene muchas obras que emprender, crean tambien muchos vagos, pero no definitivos, sino eventuales y temporeros. Emigrados del trabajo que vuelven á él cuando les abre cariñosos sus brazos, y sus semanas de labor improbo tienen la satisfacción del sábado, día feliz en que la conciencia honrada puede decir sin ser combatido por un impulso extraño: este dinero es mío. Si el malvado pudiera convencerse de las inapreciables ventajas que trae consigo el ser hombre de bien, el mundo se poblaría de espíritus rectos y justos. Los hoy seducidos por los falsos

atractivos del vicio, serian honrados por egoísmo. Esto ha dicho un escritor célebre, tan buen moralista como hombre práctico. El que después de siete días de fríasante trabajo con el jornal apeteído en el bolsillo, se difiere á su modesta vivienda, donde cercado de seres queridos, decreta la repartición de aquella suma, en consideración á lo apremiante de cada necesidad, ¿no ha de experimentar una satisfacción mucho más grande que el que, sin domicilio fijo, de acá para allá, durmiendo una noche en el dintel de una puerta y otra en el banco de una plazuela, sueña siempre con sorpresas y prisiones, odios y venganzas? En los ensueños del hombre trabajador aparecen como protagonistas una esposa tierna y cuidadosa y unos seres débiles y candorosos con cabeza de ángel y graciosa sonrisa, que dirigen hácia él carinosas miradas. El turbado ó intermitente sueño del vago no da lugar á la aparición de estas imágenes. Un negro y hediondo calabozo, un baston con borlas, ó un sangriento proceso le hacen agitarle continuamente. Despiértase, y libre como el aire, tiene la libertad de morir sin ser auxiliado más que oficialmente; la libertad de ser sospechoso á todo el mundo, de no tener vecinos que le saluden á su paso con afecto, la de que no haya ningún ser generoso que le mire con cariño; todas las libertades, en fin, que le proporcionan sus vicios y ociosidad en medio de un pueblo trabajador. Muchos hombres dan en ser vagos por haber acogido durante su existencia vagas aspiraciones á un ideal indeterminado y tambien vago. Los irresolutos ó indecisos, los de poco espíritu, los desconfiados de sí mismos, vienen á caer en tal prostración y desaliento, que no les permite hacer absolutamente nada. Si repugnan el crimen piden limosna... y la limosna es tan amarga para la conciencia del que la recibe y tiene sus remos sanos y robustos! El hombre que por pereza pide limosna, aunque lo haga por huir del crimen, roba aquel caritativo óbolo al benemérito invalido víctima de alguna de nuestras luchas civiles ó inutilizado por el trabajo ó por alguna catástrofe. Aquella moneda no es suya, debe quemarle la mano al cogerla. La robado, cuando sano y robusto puede proporcionarse el sustento con el esfuerzo de sus manos, ¿quién se atreve á decir que el vago pasa siempre alguna vez por ese antro del crimen que se llama Saladero? Si es malo, se perfecciona en su industria; si es ya hombre, vive con fructificación las lecciones de los presos experimentados, y hace buenos conocimientos para el día de mañana; de todos modos, el vago no puede aprender allí la conveniencia de ser hombre de bien. El que ha visto alguna vez el papel que hace un hombre indolentemente echado en medio de otros que trabajan, puede apreciar el papel del vago en medio de una sociedad activa y laboriosa. Los vagos idealistas, hombres comodones, obesos casi siempre y casi siempre infatigables, esperan sentados en muelle sillón que se les venga el negocio á la mano, el pleito al bufete; el enfermo á su puerta. Su conciencia queda satisfecha cuando ven que no han venido ni los litigantes, ni los enfermos, ni los parroquianos. Estos seres deben haber leído repetidas veces el paso de los israelitas por el desierto. Desgraciadamente, aquellos tiempos han pasado. El maná no llueve; en todas partes hay que buscar con trabajo el sitio que fecunda. Entre la clase de los vagos, el más ilustré es el vago por nacimiento. El hijo de buena familia, el rico por su casa, desdeña aprender algo útil. Al pasar al lado de los hombres que trabajan, mira si su traje se ha manchado ó si su persona ha perdido algo en su adamado físico. Los patines, el velocipedo, el caballo, la caza y el baile, son sus placeres favoritos, y diciéndo placrés, dicho está que tambien sus únicas ocupaciones. El hijo de padre rico que se llama vago, piensa sin duda que ha hecho bastante con el pasivismo de haber nacido de su madre. Nada debe ya á la sociedad por ningún concepto, ni se juzga obligado á seguir el precepto que á Adán se impuso por su desobediencia.

Estos y otros vagos por el estilo forman hoy una gran falange de ilustres desocupados, que casi siempre enferman y son atacados de esa poderosa dolencia que se llama el *ocio del rico*, origen del aburrimiento traducido al inglés para ser más elegante.

No basta que el hombre trabajador desdén a los ociosos; no basta que los gobiernos decreten leyes, ni los códigos comprendan la vagancia como circunstancia de agravación de todos los delitos; es preciso abrir a la general explotación las fuentes de la riqueza, no gravar demasiado a los que sudan en invierno, y proteger, en fin, a todo el que lleve el esfuerzo de su imaginación ó de su brazo al ejército numeroso que hoy se agrupa bajo la bandera que dice: ¡Guerra a los vagos!

FERMIN M. SUAREZ SACRISTAN.

**Los juguetes**

EN LA EXPOSICION UNIVERSAL.

En el inmenso palacio del Campo de Marte, el ángulo que forman la severa galería de las máquinas y la galería pintoresca de las curiosidades coloniales, comprende una sala encantadora, en la que la industria francesa expone las producciones más delicadas, las más ingeniosas y seductoras. En ninguna parte hay tanta afluencia, y en ninguna tienen los visitantes un aspecto más contento. Y, a decir verdad, estos espectadores forman una sociedad escogida é incomparable: las madres y los niños; sus frescos y graciosos rostros, iluminados por la alegría, aumentan los encantos de este paraíso en miniatura.

La fabricación de juguetes es una industria esencialmente parisiense, cuya prosperidad es muy antigua. En el siglo XVI existía un gremio de fabricantes que tenía el privilegio de hacer, para la distracción de los niños, objetos pequeños de estaño ó de plomo, como platos, fuentes, jarras, sortijas, cruces, incensarios. Este gremio se reunió con el de los espejeros-ópticos, en 1581, en tiempo de Enrique III. Otros muñecos eran fabricados por obreros que no pertenecían a ninguna corporación: muñecas, animales de cartón, carruajes, monjes tirando de una campana, predicadores en el púlpito, mozos con bandejas de dulces, etc. Los tenderos que comerciaban con estos objetos no se concretaban a abastecer las tiendas del Palacio, las ferias de San German y de San Lorenzo, sino que hacían envíos considerables a toda Europa, y hasta a la América española.

Hoy, como entonces, los juguetes de fabricación francesa son buscados en todo el mundo. La Alemania es el sólo país que le hace una competencia temible; así es que los fabricantes de Nuremberg de la Selva Negra deben sentir amargamente no haber podido exponer sus productos a las miradas de los curiosos llegados a París de todos los puntos del globo.

Es, en efecto, un arte; arte delicado, ingenioso, refinado, el que preside a la fabricación de estos juguetes, el que crea la innumerable variedad de modelos, el que pinta, articula, viste, anima las figuritas de cartón, madera, cuero, cauchuc, metal, el que desenvuelve la gracia hasta en lo grotesco y la delicadeza en lo singular.

Basta considerar las transformaciones que los fabricantes franceses han hecho sufrir a la muñeca alemana, tan maciza, tan tiesa, tan mal vestida, que durante tantos años ha gozado del privilegio de ocupar el regazo de las niñas del mundo entero. A la cara aplastada, de una sencillez bestial, groseramente pintarrajada de la muñeca nuremberguesa, han substituido una fisonomía sonriente, afable, algo molesta, respirando, por decirlo así, la salud y la alegría, y que parece una imitación de las deliciosas niñas de Greuze.

Han dado vida a este gracioso rostro con ojos de esmalte que imitan los naturales, y una cabellera sedosa peinada con gusto. Han sujetado esta linda cabeza por un cuello flexible a un cuerpo admirablemente articulado, susceptible de tomar toda clase de posiciones, y cuyas formas, calculadas en el modelo natural, se prestan a toda la elegancia de los trajes.

Esta seductora metamorfosis data de unos veinte años, y la iniciativa pertenece a la industria parisiense. Estas muñecas hicieron su aparición triunfal en la Exposición Universal de Londres de 1862, y mejoradas aún, obtuvieron una medalla en París en 1867, en Viena en 1873, y en 1876 en Filadelfia, excitando siempre la admiración del público.

Este año, el industrial a quien se debe esta mejora expone una rica colección de muñecas que prueba sus perseverantes esfuerzos; no se ha contentado con dar señales inequívocas de un

gusto exquisito en los tipos de las figuras, en el prendido, en el arreglo de los tocados, en la elección de los adornos, sino que ha querido rivalizar con el arte verdadero, con la pintura, componiendo escenas de costumbres, en las que muñecas de todos sexos y edades (desde dos años hasta veinte), se ven en posiciones variadas y naturales. ¿No es un cuadro digno del precioso pincel de Fermin Gerard el *Jardin* que se exhibe, en el que una docena de niños adorables se divierten a la vista de sus lindas mamás, sentadas en el salon cercano? Aquí, dos muchachitas de unas caritas encantadoras se disputan un cesto de cerezas. Al lado, una mamá no escucha las súplicas de una pequeña que codicia su muñeca. Mas allá, una jardinera coqueta tira de un carrito cargado de arena y flores, en el que una amiga desea subir. Los chicos demuestran su carácter emprendedor: uno está cogiendo nidios en lo alto de una roca; otros suben por los árboles y los arbustos para coger flores y frutos; este otro juega a los caballos, acumulando las funciones de postillon y corcel, mientras una amiguita tiene las riendas, en las que tropieza y se envuelve un *baby* atolondrado.

Me dirán que no es esto un verdadero juguete, y que, en todo caso, muy pocas personas, aun entre las ricas, tendrán tentaciones de dar a sus hijos el placer de tan costosa y frágil composición. No lo niego; pero persuadido estoy de que está se ha ejecutado sólo en vista de la Exposición para reunir el todo en un cuadro; otros fabricantes lo han hecho también, y hemos notado una *Comidita de muñecas* muy bien ejecutada. Citaremos, además, entre las grandes composiciones: una *Alquería alsaciana*, con lechera, hilandera y criado que vuela con los caballos del campo; una *Quinta*, en cuyo interior y alrededores hay numerosas figuras; un *Interior de una cuadro*; una seductora *Vendedora de legumbres*, etc. Uno de los buenos fabricantes se contenta con un sólo objeto de capricho: «Mlle. Sarah Bernhardt, en traje de taller, haciendo su grupo de barro: *Después de la tormenta*.» El director del almacén el Paraíso de los Niños expone toda la sociedad femenina de *Rothomago*.

En otro escaparate vemos el *Jardin de aclimatación*; las ciervas y los ciervos salen a acechar las golosinas que les llevan los pascantes; los patos y los cisnes nadan en el estanque; el elefante espera su carga infantil, y todo esto, personas y animales, se anima, se mueve mecánicamente con una exactitud de movimientos sorprendente. Un telón de fondo prolonga la perspectiva.

Con diferencia de las obras de los pintores, estas escenas complicadas podrían dividirse en fragmentos, y los fragmentos serían excelentes; cualquiera de ellos bastaría para admirar al niño más exigente. La desgracia es que todas estas hermosas figuras son muy caras. Las muñecas de nuestros días son muy coquetas y muy gastadoras. ¿Queréis creer que tienen la osadía de tener sus proveedores titulares y privilegiados? En la Exposición están las costureras de esas señoras, las modistas, las que hacen punto ó crochet, los peluqueros, los plateros y joyeros, los vendedores de comestibles, los tapiceros, los ebanistas. Uno de estos expone un mobiliario de palosanto para alcoba y un mobiliario de nogal para comedor, dos joyas que valen 1.800 francos cada una! Está visto que las muñecas no se privan de nada.

Nos aseguran que las muñecas elegantes que salen de los buenos obradores son muy estimadas en los países extranjeros, y contribuyen a esparcir en ellos el gusto de las modas francesas. Las damas del Perú pueden con entera confianza tomar por modelo a estas muñecas y pedirles los secretos de la coquetería parisiense. Pero, agrada a las niñas tener muñecas tan lujosas que no salen de su caja, iba a decir de su estuche, más que los días de fiesta, y que hay que admirar a una distancia respetable? Las verdaderas muñecas son las que se pueden asociar a los juegos más tumultuosos, sacar a paseo, tender en el césped, lavar, vestir, desnudar, dormir, castigar de vez en cuando, y con más frecuencia, cubrirlas de besos.

Apresurémonos a decirlo, los fabricantes parisienses, que, en general, han creído conveniente exponer sus productos más ricos y hermosos, fabrican también, sin abdicar ninguna de sus cualidades esenciales, juguetes de un precio muy accesible. No ignoran que la baratura es la sola excusa de la extrema debilidad de sus productos. Después de las muñecas, lo que más gusta a las niñas son los apuare. En este género, la Exposición nos ofrece también reducciones muy elegantes, pero no menos costosas. Hay servicios

de porcelana, cristal, metal inglés y cocinas (ó enseres de cocina), que son admirables.

Entre los juguetes para los niños, señalaremos, en primer lugar, lo que vemos en un escaparate que parece haber sugerido el recuerdo de Cincinato: á un lado instrumentos de cultivo y herramientas de jardinería; al otro todo género de armas y equipos militares; todo muy cuidado, muy bonito; tal vez demasiado bonito.

Richar Cobden pedía que se prohibiesen los juguetes militares. No habría visto con placer los montones de sables, espadas y escopetas que notamos al paso; pero habría quedado satisfecho al observar que, en general, la guerra inspira poco al industrial francés, y que los soldados de plomo no tienen la misma aceptación que en otros tiempos, mientras que las locomotoras, los ferro-carriles, los tranvías, los buques y otros instrumentos del cambio, del progreso, de la civilización, son del gusto de los niños, como del de las personas mayores, y los modelos expuestos son numerosos.

El célebre economista aplaudiría también al desarrollo que ha tomado la fabricación de instrumentos instructivos: juegos de arquitectura, juegos de construcción de todas clases, juegos geográficos, de ferro-carril, *lepidocromo* ó procedimiento para fijar en la porcelana las alas de las mariposas, aparatos para modelar, de galvanoplastia, de fotografía, adorno sobre porcelana, pequeñas máquinas eléctricas, cajas de colores preparados con sustancias inofensivas, loterías alfabéticas é históricas, gramática ilustrada, etc.

Se podría escribir un capítulo interesante sobre la historia de las aplicaciones de la ciencia a la fabricación de juguetes. Los fabricantes están al corriente de los nuevos descubrimientos de la química, de la física, de la mecánica, y se ingenian en utilizarlos para la distracción de los niños.

Si las pistolas con fulminante han adquirido tan lúgubre reputación desde el espantoso siniestro de la calle Béranger, no es posible que las flores barométricas y luminosas adquieran mala nota. Los aparatos de física y de magia rosa tendrán un gran éxito, pues todo niño querrá repetir los milagros que haya visto hacer á tal ó cual prestidigitador, Robert-Houdin, por ejemplo. También se ha perfeccionado la fabricación de las linternas mágicas, y se ha inventado un aparato ingenioso, que su autor llama *praxinoscope*.

Este aparato se compone de una caja circular y giratoria, en cuyas paredes interiores se coloca una hoja de papel con figuras de colores, reproduciendo las fases sucesivas de una misma acción; en el centro de la caja está fijó un prisma con espejitos éfi que las figuras se presentan sucesivamente de tal manera, que la acción que representan parece efectuarse real y efectivamente.

El *praxinoscope* produce así la ilusión del movimiento, de la vida, sin la menor confusión de contornos, sin la más leve alteración de los colores. Este lindo aparato, de precio muy módico, obtiene un legítimo éxito.

Los juguetes mecánicos llaman también mucho la atención. Queda uno maravillado de oír cantar á los pajarillos expuestos en sus jaulas, y á los que nada falta para parecer vivos; la gente acude a ver los numerosos autómatas y las contorsiones de los clowns, polichinelas, monos profesores y otros muñecos de resorto.

La variedad de juguetes es portentosa. Me quedaría aún que hablar de las figuras obesas, que, de cualquier modo que se tiren, caen de pié, de las cajas de sorpresa, de los juegos de sociedad, de las figuritas de goma, de los teatros infantiles y los árboles de Noche-buena, de los productos de cartón, que es imposible no tomar por naturales, sobre todo los platos y los pescados, etc. Pero, preciso es saber concretarse, aun al hablar de lo que interesa a los niños, que son los seres más simpáticos del mundo.

París 4.º de Agosto de 1878.

**Revista de modas.**

Las novedades continúan.—La iniciativa de las señoras en la creación de las modas parisienses.—El ramillete prendido en el hombro.—Nuevo modo de llevar el pañuelo de la mano.—El saludo de las señoras y el de los caballeros.—Confusión de las modas con motivo de la Exposición. Las complicaciones del lujo moderno.—Vestidos de verano.—El moaré empleado como adorno.—Los vestidos sencillos.—Una nueva tela para chalecos.—Las modas persas.

Las modistas parisienses no saben qué imaginar para dar á luz novedades continuas. Afortunadamente para ellas, la mujer elegante inventa, y á veces impone las modas. No diremos que ella crea la moda absoluta, porque esto sería mucho decir; pero improvisa acci-

orios, adornos, menudencias: una manera nueva de llevar el pañuelo de mano, un ramillete de más ó de menos, un modo de saludar, etc. Pongamos ejemplos.

En las últimas carreras del bosque de Boulogne, esto es, cuando se disputó el gran premio de cien mil francos de la villa de París, notable solemnidad que lleva al hipódromo de Longchamps á todas las elegancias parisienses, la princesa de J... lucía un ramillete de rosas que la estorbaba algún tanto, y no queriendo abandonarle, imaginó prenderlo al vestido con un alfiler cerca del hombro. Los que se presentaron á saludar á la princesa vieron el ramillete así prendido, y esparcieron la noticia; al otro día, en el paseo, muchas señoras imitaron á la princesa, y después casi todas le llevan.

Hablemos ahora del pañuelo. Es moda llevarle al cinturón: ese pañuelo de batista, adornado de encaje, debe estar plegado en triángulo y prendido al cinturón. Es una moda extraña; pero como se acaban los bolsillos, se ha inventado prenderse así el pañuelo de lado.

Por último, digamos algo sobre el nuevo modo de saludar. Una señora está sentada en su sala; llega un caballero á saludarle, y permanece impasible sin sonreírse, sin hablar: inclina levemente la cabeza, y nada más. El caballero, satisfecho, se retira. Ya no se saluda inclinándose con gracia; se baja un instante la cabeza, y esto es todo.

En cuanto á los hombres, no hay variación en el saludo desde hace muchos años. Es muy grave esto de saludar. El pobre que no sabe es objeto de la burla de todos. Por esta falta se han roto muchos proyectos matrimoniales. El saludo, bien ó mal hecho, da á conocer al instante la educación del hombre; y en el día, más que nunca, es indispensable que el hombre salude con arreglo á la tradición, esto es, teniendo derecho, serio, bajando la cabeza y levantándola. De aquí la imitación que quieren hacer las señoras.

Entrando en el asunto principal de estas crónicas, diremos que el vestido parisiense apenas se distingue entre la confusión producida por las modas de París, que llegan á París modificadas en el extranjero. Es verdad que todas las señoras se apresuran á encargarse vestidos; pero regularmente no es para lucirlos en esta Babel, es para llevarlos á las provincias ó á las capitales extranjeras. Entre tanto, las parisienses se hallan detenidas en París, porque las modistas no pueden dar abasto á los pedidos, y también, digamos la verdad, porque la Exposición universal rebosa de atractivos y de alicientes.

Luego es de advertir que el lujo moderno no se acomoda para emprender un viaje con un par de trajes sencillos y ligeros; ahora las señoras se visten tanto en el verano como en el invierno. Se hacen menos vestidos de seda gruesa, y esto es todo, pues la faya sirve para todas las estaciones, y como á veces se mezclan en un traje tres ó cuatro clases de telas, los fabricantes han inventado sederías estampadas, fantasías de lana y seda mucho más ligeras, con las cuales se hacen lindísimos trajes; complicados monumentos, en los que figuran puntas bordadas, chalecos de color, un delantal de otra tela ó de otro color, bandas, cintas, rizados variados de color ó de tejido, y todo ese conjunto indescriptible tiene un aspecto encantador; pero eso sí, es preciso que la obra lleve el sello de una modista de primer orden.

El moaré vuelve á estar en boga; pero sólo se emplea como adorno. Para el pekin se fabrican moarés rayados de raso, que forman chalecos y bocanangas muy elegantes; hasta se ven cuerpos-casacas de moaré puestos sobre faldas de faya. El bajo de los vestidos se continúa adornando con muchos volantes, plegados y rizados enormes.

En cuanto á vestidos sencillos y de un uso económico, lo mejor es el de lana ligera, que se llama muselina de lana de la India ó barés Virgínia. En pieza, esta bonita tela tiene el aspecto de una franela clara, y no llama la atención; pero una vez empleada por manos inteligentes, forma el vestido de viaje, de playa, de campo ó de interior más cómodo que puede imaginarse. Un vestido de lana simplemente guarnecido con lazos largos y bordados blancos ó de color, con florecillas Pompadour, constituye un traje muy distinguido. Hemos visto algunos de muselina de lana de un blanco mate, rosa, azul, beige, y hasta rulos, que son muy propios para señoritas y señoras jóvenes. En el bajo se les aplica un gran plegado muy sencillo, y forma su segunda falda una banda estilo lavandera, recogida por detrás con cintas de colores vivos y mezclados; el cuerpo se hace á pliegues, bajando de los hombros, ó lar-

go con chaleco, ya de ligero terciopelo labrado, ya de seda rayada ó seda lista ó estampada, abierto por arriba y guarnecido con plegados ó con un guipon de muselina bordada.

Hemos visto también una nueva tela de gruesa seda natural estampada con grandes rosas ó ramilletes de clavellines. Con ella se hacen chalecos, guarniciones de trajes de fular, etc., y sirve igualmente para adornar sombreros. A propósito de novedades: la moda que todo lo aprovecha, se afianza en el día al gusto persa, gracias á la visita que nos ha hecho S. M. el Shah de Persia. Por lo tanto, nada es más elegante que los bordados persas, los cachemires persas, los dibujos persas, los tapices persas, etc., sin contar con que esta moda aparecerá muy luego en los sombreros.

Varias muestras de telas de algodón que hemos tenido ocasión de ver, están completamente en este orden de ideas. Son dibujos cachemir de un aspecto particular y de una armonía de tonos un tanto chillona, por causa de su crudeza. Hay, por ejemplo, palmas verdes y encarnadas guarnecidas con un punteado blanco y encarnado, un remate se destaca muy bien en un fondo azul, ó más bien unas rosetas grandes y pequeñas compuestas de bonitos medallones azul marino y azul porcelana, con una combinación de amarillo, verde, blanco y nítida, que produce un conjunto nunca visto.

No sabríamos decir si en realidad es bonito ó feo; en todo caso, señalamos la aparición de esta nueva tela, muy propia para producir sensación, y que, por consiguiente, tendrá su boga entre la elegancia parisiense.

París 1.º de Julio.

**Causa célebre.**

La mujer descuartizada.

(Continuacion.)

PRISION DE AIMÉ BARRE.

Quando un crimen horrible, cuya comisión no presenta al juez un tenue rayo de luz, un frágil hilo por donde con inteligencia y celo pueda alcanzar el anhelado objeto de excusar ó llegar hasta la verdad; cuando excitada la opinión pública, aquellos mismos que al ver á los reos sentenciados se compadecen de ellos, mientras que desean descubrirlos y despedazarlos en tanto que no se les encuentra; cuando, en fin, el vulgo todo que razona, y una gran parte también del que no razona, murmura de las que presenta como impericia é inactividad de los jueces, haciendo subir sus diatribas hasta los ministros, y haciéndolas descender hasta los ministriles: el juez que acosado se ve por la voz del deber por los avisos de su conciencia y por la pública é insostenible presión, en todo se ve por insignificante que parezca, de un grado de arena forja una montaña y practica toda clase de gestiones, de diligencias, útiles é inútiles, para dar pasto á la vez á la devoradora ansiedad y á la inextinguible esperanza.

Esto, como en todos los casos análogos, sucedió precisamente en el tristísimo de que nos venimos ocupando.

Una parroquiana de la infeliz víctima, madame Ancel, á cuya casa iba la primera diligencia á llevar el cuerpo con que esperaba, llegó á tomar cariño á la honrada lechera, y era su consejera íntima siempre que alguna duda le ocurría.

Como no era vecina Mad. Ancel ni visitaba la casa de la Gillet, no figuró entre los primeros declarantes.

Habiase hallado, empero, un papel pequeño de sentido insignificante, mas en el habla nombre, Mad. Ancel. Probablemente sería una simple apuntación del género llevado ó por llevar á casa de la precitada parroquiana.

Y como el juez instructor había tomado tantas declaraciones absolutamente inútiles cuando le presentaran el papel, diría: —Una de tantas!

Los dos irresistibles impulsores, llamados deber, el uno, esperanza, la otra, le obligaron á mandar que ante su presencia comparara se madama Ancel. Y esta señora fué, en efecto, el tenue rayo de luz para distinguir al hilo salvador para encontrar la senda de salida del intrincado dédalo en que se agolpaba y se revolvía, y cuanto más era avanzando su camino, comprendía que se encerraba en él y más.

Madama Ancel, conocedora de la vida íntima y de los secretos de la Gillet, declaró que ahoros que formaba la modesta y religiosa fortuna de la lechera, añadiendo que por tiempo antes de ocurrir la desgracia, la Gillet había confiado todo ó la mayor parte de su capital para hacer un cambio ó venta, que esto no podía precisarlo, á un *Agente de negocios* llamado Bazar, que tenía su oficina en la calle d'Hauteville, núm. 61.

Interrogada por el juez la declarante, como de sí estaba segura de lo que decía, contestó que ella misma había indicado á la desventurada víctima aquel agente, porque habían dicho que era tan inteligente como activo.

Esto nada probaba; el agente permanecía con su oficina abierta, y si hubiese cometido un crimen, él y aquélla habrían desaparecido. Posita, además, haber hecho el negociante entregado los valores á su legítimo dueño, casi coincidir con la entrega el robo y el asesinato.

(Continuación)